

Dichas estas palabras con notable calma y dignidad, Mme. Restaud se levantó de la mesa, y todos la imitaron.

—Querido Gustavo, dijo aquella á su sobrino, haz el favor de mandar que nos sirvan el café en el jardín; pasarémos un rato delicioso, pues van á venir Mr. y Mme. Lemonieau y sus dos hijas: vosotros seréis también de los nuestros, ¿no es verdad?

—Yo no, dijo la solterona: no me siento nada bien: el sollo me pone, siempre que lo como, en un estado deplorable.

—¿Por qué lo comes? preguntó riendo Mr. Restaud, ofreciendo el brazo á su mujer.

—¡Algo se ha de comer! repuso ella con acritud.

—¿Y no habrá otra cosa que sollo?

Adela y su esposo echaron á andar hacia el jardín; Sofía se apoyó con trabajo, á causa de su corta estatura, en el otro brazo de su padre: la solterona los siguió con una mirada envenenada.

II

Como unos quince días después de la escena que queda referida, una elegante silla de posta se detuvo á la puerta de uno de los grandes hoteles de Burdeos, donde la vida se pagaba ya entonces á peso de oro; bajó de la zaga un ayuda de cámara, y después saltó del fondo un joven y elegante caballero que echó hacia atrás el cuello de su sobretodo de entretiempo y dejó ver una figura deliciosa.

Los criados que se hallaban en el patio y en lo alto de la escalera preguntaron:

—¿Quién es?

—Mr. Augusto Cottin, banquero de París.

—¡Apenas tiene treinta años!

—¡Qué deliciosa figura!

—¡Qué interesante rostro!

—¡Qué elegancia!

—¡Un cuarto, el mejor del hotel! gritó el ayuda de cámara; ¡pronto, que el señor espera!

—¿Queréis un departamento completo? preguntó el maestro-sala.

—Sí; ¡pero al instante!

—¡Es que es caro!

—¿Quién pregunta el precio? dijo el viajero; abrid uno, y pronto.

—Señor, dijo respetuosamente el ayuda de cámara, si me hubiérais permitido venir delante, no hubiérais tenido la molestia de esperar.

—Esto es también divertido, mi buen Santiago: no te apures, dijo el viajero: vamos, que ya van á abrir: mientras almuerzo prepararás todo para que yo pueda vestirme, y pedirás un carruaje decente para los dos.

Amo y criado subieron la escalera, seguidos de dos criados que llevaban las maletas.

El departamento se componía de un salón, de un cuarto de dormir y de trabajo, y de un gabinete de tocador, y estaba adornado con ese lujo ostentoso y de mal gusto que es el distintivo de las fondas.

Los dorados y el terciopelo lucían por todas partes su vanidoso aspecto; pero no se veía ni un bronce, ni un cuadro, ni un libro, ni nada de lo que habla á la inteligencia y al corazón.

El joven viajero echó alrededor de sí una mirada de disgusto, empapada de frialdad y de hastio; entró en seguida en el cuarto de tocador, y empezó á disponerse para el almuerzo.

Despojando de su traje de camino, su figura parecía mil veces más encantadora: era alto y esbelto; su talle, sus movimientos, así como todas sus facciones, tenían una elegancia natural é inimitable; su ayuda de cámara le fué dando su tra-

je de mañana, que él se vistió cantando delante del espejo.

Cuando se hubo vestido, bajó al comedor, y un instante después entró uno de los camareros de la fonda.

—¿Sabéis, señor Santiago, si la estancia aquí de vuestro amo va á ser larga? le preguntó.

—¡Hola! respondió el interpelado; ¿cómo es que sabéis mi nombre?

—Os oí nombrar á vuestro amo.

—¿Y para qué queréis saber si vamos á estar aquí mucho tiempo?

—Porque me tienen pedida esta habitación para un señor que tiene que llegar de París.

—Podéis, pues, prometerla para dentro de dos días, sin temor de que falte.

—¡Cómo! ¿tan poco tiempo váis á estar?

—Nada más que dos días, lo que me es muy sensible.

—Mil gracias, por la parte que me toca: tan cierto como que me llamo Juan, que he simpatizado con vos, señor Santiago, y que siento el que os vayáis tan pronto.

—Más lo siento yo: figuráos que en París llevamos la vida más endiablada de mujeres... Allí no hay sosiego para nada; y yo que soy el criado de confianza, sé lo que este empleo cuesta.

—¡También vale, amigo Santiago!

—No mucho, estimado Juan: las mujeres no dan nada.

—Pero vuestro amo os pagará bien.

—No puedo quejarme; mas es tanto el trabajo que me da... Figuráos, que como es tan delicado y caballero, sólo se fía de mí para asuntos de amor, y que yo no puedo acudir á todo!

—¿Tantas amadas tiene?

—Más de las que desea: un banquero de treinta años, con una bella figura, unos modales seductores, una galantería exquisita, una esplendidez que es en París proverbial, unos trenes que le envidian todos, ¿á qué no puede aspirar? Así es que hay Duquesas, Marquesas, Condesas, Baronesas, Vizcondesas, señoras del mundo financiero, artistas de los teatros, y en fin, toda clase de damas que dan que hacer.

—¿Y la favorita?

—¿La favorita? ¡oh! la favorita daría envidia á un Emperador!

—¿Tan linda es?

—Una encantadore niña de diez y seis años, actriz mimada del Odeón, donde declama, y canta cuando su papel lo exige.

—¿Y su nombre?

—Muy curioso sois, amigo Juan; pero nada me importa deciroslo, porque todo París lo sabe: la favorita de mi amo es Mlle. Eva Favart.

—¡Eva Favart! ¿esa famosa niña, tan hermosa, tan inteligente, que dicen tiene vuelto el juicio á todo París?

—La misma.

—¿Y es tan linda como aseguran?

—Juzgad vos: diez y seis años y medio; una estatura más bien alta que baja; delgada, como á su tierna edad conviene; unos ojos negros muy grandes, llenos de dulzura y de pasión: cabellos castaños dorados, que la cubren como un manto de seda, naturalmente rizados; boquita de coral y perlas; nariz griega; tez de nácar y rosa; manos y pies de niña: vestid á esta criatura de terciopelo y diamantes, y tendréis una idea, aun muy pálida, de Eva Favart.

—¡Pero esa niña costará á vuestro amo enormemente cara!

—Le ha gastado un millón en cinco meses.

—¿Y ella le ama?

—Con locura: es su primer amor.

—¿Con quién vive la señorita Eva?

—Sola, en un palacio encantador y rodeada de diez criados que paga mi amo.

—¿Os trae á Burdeos algún negocio?

—Sí; un negocio que tiene con un tal Mr. Restaud, comerciante.

—¡Hum! hizo Juan: tal vez no saldrá muy bien vuestro amo.

—¿Es un mal sujeto ese Mr. Restaud?

—¡Mal sujeto él! ¡Oh, no! es la misma probidad, y toda la ciudad le ama y le estima; pero dicen que desde hace poco tiempo van muy mal sus negocios y que ha tenido grandes pérdidas; sin embargo, si debe, pagará, aunque se quede arruinado.

Juan se interrumpió y se asomó á la ventana; á la puerta del hotel se había detenido el brioso trote de una silla de posta: el criado vió, inclinándose hacia fuera, parte de una falda de mujer y una mano pequeña y delgada cubierta con un guante exquisito.

—¡Eh! ¡entrad en el patio! gritó una voz fina y dulce, pero con acento imperativo; ¡no quiero bajar aquí!

—¡Santo Dios! ¡qué voz es esta! exclamó Santiago atónito.

—¿La habéis reconocido?

—¡Ya lo creo! ¡es la de Mlle. Eva Favart!

—¿Y á qué habrá venido?

—¡Claro está! ¡detrás de mi amo!

—¿Pero y su contrata?

—¡Buen cuidado le dará á ella!

Mientras departían los dos sirvientes, la silla de posta había entrado, en efecto, en el patio del hotel, y una joven saltó al suelo ligeramente y sin tocar al estribo.

Todos los huéspedes que se habían asomado á las ventanas para ver al nuevo viajero, dejaron escapar un grito de admiración al mirar la gentil figura que salió del coche: habían visto una estatura elegante, un traje de camino de cachemira oriental, de un gusto y un valor admirables, y bajo un sombrerito de castor gris, adornado de una larga pluma blanca, un rostro de ángel y una cascada de rizos sedosos y de un hermoso color castaño claro.

Una doncella acudió á ponerse á las órdenes de la viajera, y subió tras ella, tomando su capa y su bolsa de camino de marroquí verde con cerradura y borlas de plata.

—Avisad á Mr. Augusto Cottin, de París, que debe haber llegado hace dos horas, que ha llegado también la señorita Eva Favart, dijo la joven á la doncella.

En tanto que iban á cumplir esta orden, Eva se quitó el sombrero y sacudió su rizada cabeza, como una gatita que se acaba de levantar del sol.

Dió una vuelta por la estancia, que era un gabinete tapizado de damasco amarillo; se asomó á la ventana que daba á la calle; se rió en las narices de un vecino grueso y calvo que la miraba, y después se puso á pasear, ensayando un trino que debía valerle muchos aplausos, cuando dejase oírle en el escenario.

La puerta se abrió de repente, y una voz bien conocida y bien amada exclamó:

—¡Eva! ¡tú aquí!

—Yo aquí, respondió la Srta. Favart, echándose en los brazos que se le abrían.

—¿A qué has venido? preguntó Augusto.

—A verte; no podía vivir sin tí; no podía estudiar, ni comer, ni dormir; y como me faltan aún seis días para estar al corriente del nuevo papel que me han dado, me he venido contigo.

—Sea en buen hora, dijo riendo Mr. Cottin: sólo estaré aquí dos días, y llegaremos antes que tú

hagas falta; y ahora, querida mía, me permitirás que me vista y salga á mis negocios.

—Iré contigo, dijo la actriz: aquí sola me aburriré, y además he venido para no separarme de tí.

—Pero, Eva mía, objetó Augusto, ¿quieres venir tú á hablar de pagos y de vencimientos de letras? ¿no ves que esto es imposible? ¡Voy á tratar asuntos financieros, que son cosas muy formales!

—Me quedaré en el coche y allí te esperaré.

—¡Imposible, niña mía, imposible! podría verte alguna persona de la casa, y esto perjudicaría mucho á la gravedad de mi carácter y de mis negocios.

—¡Ah! ¡ya comprendo! exclamo Eva irritada y dando en el suelo con su lindo pié: ese comerciante tendrá hijas jóvenes y bonitas.

—Sólo tiene una que es una niña.

—¡Yo no soy aún otra cosa!

—Tiene menos años que tú.

—Tendrá ya los bastantes para agradarte.

Augusto soltó una carcajada tan franca y sincera, que las celosas aprensiones de la actriz se disiparon casi por completo; el banquero, sin dejar de reír, fué al cordón de la campanilla y tiró de él.

La doncella apareció al instante.

—¿Conocéis á la familia de Mr. Restaud? le preguntó Mr. Cottin.

—Sin duda, caballero, respondió la camarera.

—¿De qué personas consta?

—De su esposa, de su hermana, de su hija y de un sobrino.

—¿Qué edad tienen esas damas?

—Mme. Restaud, de treinta á treinta y dos años: Mlle. Teresa Restaud, cuarenta: la señorita Sofía debe tener unos doce.

—Basta, y gracias, dijo Mr. Cottin, despidiendo á la camarera.

—¿Es con Mme. Restaud, entonces, con quien tienes amores? dijo Eva haciendo un gesto de enojo; ¡una mujer á los treinta ó treinta y dos años es joven y puede ser bonita!

—Sí, cuando ha sido hermosa como tú, repuso Mr. Cottin, dando un beso en la frente de la actriz.

—¿No me engañas? dijo Eva tiernamente, desarmada por aquella caricia.

—¿Y qué ganaría con hacerlo? ¿no sabes que te amo con todo mi corazón?

Eva guardó silencio, pero pareció convencida. después de algunos instantes dijo:

—¡Bah! no quiero tener sospechas injustas; prefiero creer en tí: voy á vestirme y bajaré al salón, donde tocaré un rato el piano en tanto que te espero.

—Hasta luego, pues, dijo Augusto, abrazando á Eva; volveré lo antes posible.

—Hasta luego, dijo Eva, enviándole el último beso con la punta de sus rosados dedos.